

HUESOS
EN EL VALLE
Tom Bouman



Como veterano de la guerra de Somalia y viudo reciente, el oficial Henry Farrell esperaba que al trasladarse al pequeño pueblo de Wild Thyme, en el estado de Pensilvania, podría pasar las mañanas cazando y pescando, y las tardes tocando al violín irlandés música de otros tiempos. En cambio, ha sido testigo de una doble invasión —la de las empresas de fracturación hidráulica y la de los traficantes de droga— que ha traído a la zona tanto dinero como graves problemas. Además, cuando un excéntrico anciano descubre en sus tierras un cuerpo mutilado, la investigación obligará a Farrell a adentrarse en los desolados parajes nevados de los Apalaches, donde, desde hace generaciones, los secretos y las disputas también forman parte de la herencia familiar...

En palabras de Kiko Amat, el *country noir* es «una literatura dura y firme y proletaria, donde el lugar lo es todo, van mal dadas para todo el mundo y las cosas se llevan a su lógica consecuencia (generalmente calamitosa). Hay una sensación de predestinación terrible en las historias. Un ambiente volátil, como cuando está a punto de estallar una pelea». Y exactamente eso es lo que nos ofrece esta novela, una inmersión a pulmón libre en la cara más oscura y salvaje de la América contemporánea.

Índice de contenido

Cubierta

Huesos en el valle

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

A mi madre

«Una balada antigua es a veces como una antigua daga de plata o una pistola antigua de latón: está oxidada o verdosa; contiene la amenaza de un destino ancestral aún vigente».

CARL SANDBURG,
The American Songbag

La noche antes de que encontrásemos el cuerpo no pude dormir. Estábamos a mediados de marzo, en el deshielo. La nieve que lo cubría todo desde enero, por todas partes, al fin se soltaba, y al hacerlo llenaba canales y arroyos, goteaba desde los aleros de mi casa y salía a chorros de los canales en su forma derretida. En el horizonte, tres montes más al suroeste, una cuadrilla quemaba un pozo de gas. Yo estaba en el porche de mi casa, descalzo y tiritando, con una taza de café, mientras miraba las nubes que parpadeaban con un color morado cardenal a causa de aquella bola de fuego. La vieja casa de campo que tenía alquilada había pasado años hundiéndose en la ladera de la montaña sin que nada la perturbase. Y entonces llegó el desfile de máquinas colosales para tirar árboles y arrancarles las copas y las raíces, abrir vías de acceso, subir equipamiento y perforar la tierra. En comparación con la tarea de despejar un terreno para montar una plataforma de pozos, la perforación y la fracturación hidráulica eran trabajos casi silenciosos. Podría decirse que era como un viento que soplara fuerte entre los pinos, de no ser por el rearranque automático y el silbido de la maquinaria que luchaba con la tierra, por el resplandor en el horizonte nocturno y por los camiones cisterna que subían y bajaban renqueantes por nuestros caminos de tierra, recién ensanchados para que puedan pasar, todas aquellas luces de faros delanteros y traseros desfilando por las montañas invernales, cual decoración navideña.

A las cuatro de la mañana asumí que no iba a volver a dormirme. Y al amanecer, cuando el sol se alzó al este con su color magenta, me sentí aliviado.

Sobre las siete me comí unos gofres congelados con mantequilla de cacahuete, me quité los enredos de la barba, me puse el uniforme y salí camino de la oficina. El Ayuntamiento me había instalado en el garaje, con las quitanieves, los camiones de bomberos y otros cuantos vehículos, cerca de las pirámides de gravilla y arena y frente al terreno de las ferias, en un valle tranquilo de los cada vez más escasos valles tranquilos del noreste de Pensilvania. El garaje es un bloque de hormigón rodeado por un solar de tierra, pintado de blanco y con unas nítidas letras negras que dicen: CUERPO DE BOMBEROS VOLUNTARIOS DE WILD THYME.

La comisaría de policía está separada del garaje por un pared de pladur; se oye a los mecánicos y a los peones camineros trabajar y también todo lo que dicen. Mi oficina venía equipada con una cafetera de bar tamaño industrial, pero evidentemente mi predecesor en el cargo había perdido la jarra del pitorro marrón, así que solo me quedaba la del naranja, para el descafeinado; como eso me provocaba una horrible sensación de estar siempre bebiendo descafeinado, lo sustituí todo por una cafetera nueva, negra, que yo mismo costeeé. Aparte de eso, en tiempos remotos alguien había colocado un falso techo en la oficina, y a mí no me gustaba nada mirar los boquetitos y las manchas marrones que tenía, así que quité las placas y desmonté la estructura. Sigue guardada en alguna parte, por si alguien quisiera volverla a colocar. Hasta que llegue ese día, me gusta ver cómo funcionan las cosas, observar el esqueleto, todo al descubierto, desde mi mesa de acero hasta las tuberías y el sistema de climatización cerca del techo. Hay un retrato del gobernador enmarcado en la pared, un mapa, un tablón de anuncios, una vela que nadie enciende con aroma a vainilla en el retrete.

Cuando llegué a la oficina esa mañana, mi ayudante, George Ellis, tenía la cabeza apoyada en la mesa, con la cara embutida entre los brazos; no la levantó para mirarme cuando entré. Había un escáner de radio encendido, con el

volumen bajo, y el ambiente estaba cargado. Puse los pies en alto y repasé un par de carteles de fugitivos que habían llegado por fax —los mismos personajes lamentables de la semana anterior— y la página de órdenes de arresto pendientes, algunas de las cuales se remontaban al año 1980.

Sorteé bien una llamada de Alexander Grace, el dueño de Grace Tractor Sales and Rental. Hacía unas cuantas semanas, le habían robado una de las minicargadoras del solar donde tenía aparcada la maquinaria en venta y alquiler, y me llamaba a diario, cada vez más airado por mi falta de progresos. No le dije que en ese tipo de robos teníamos más o menos un veinte por ciento de posibilidades de recuperación. La semana pasada, sin consultarme, Grace había puesto un anuncio en el folleto de cupones del pueblo ofreciendo una recompensa de dos mil quinientos dólares a cambio de información —sin preguntas— que condujese a recuperar la minicargadora. «Supongo que tendré que ver lo que puedo hacer yo por mi cuenta», me dijo. Le pedí por favor que no hiciera estupideces y que me llamase si recibía noticias de alguien.

Como es su costumbre, John Kozlowski se pasó a hacernos una visita. El mecánico del pueblo era compañero de bares de George, un bonachón alegre con la cara llena de capilares rotos. No quiso sentarse porque tenía el mono lleno de grasa y nos puso al tanto de una serie de temas, entre ellos, la casita que se estaba haciendo en el lago Walker, aparte de las dos motos de agua a juego (para él y para ella) que acababa de comprarse. El lago Walker era bastante pequeño, así que le pregunté dónde pensaba usar algo así y me contestó con un comentario desagradable sobre mi madre, y en esas nos tiramos un rato.

Durante aquellos primeros tiempos del *boom*, las conversaciones sobre el dinero del gas eran comedidas. La gente nunca decía claramente por cuánto había firmado, pero las casas y camionetas nuevas hablaban por sí solas. Al principio, algunos propietarios cedieron los derechos de

sus tierras por tan solo cincuenta dólares la hectárea. Cuando el estado de Pensilvania dejó clara la cantidad de gas que podía haber debajo de nosotros, el precio pasó a unos ocho mil dólares la hectárea. La gente iba recogiendo esa lluvia de dinero, aunque no llovía igual para todos, pues siguió dependiendo de lo pronto que firmaras y de cuánta tierra tuvieses. Si bien los vecinos conservaron la buena vecindad, nadie les quitaba ojo a sus lindes.

Cuando John se fue, permanecimos en silencio hasta que sonó el teléfono. George levantó la cabeza y le lanzó una mirada fulminante, pero el aparato siguió sonando. Tras maldecirlo, lo cogió. Después de unas pocas palabras escuetas, colgó y se volvió hacia mí.

—La doctora Brennan, de la clínica. Le ha estado sacando unos perdigones del costado a Danny Stiobhard esta mañana y ha pensado que debíamos saberlo.

—Vale.

Miré a George como preguntándole a qué esperaba. Se rascó la piel blanca de debajo de la barba.

—Mira, Henry, Danny y yo tuvimos un altercado la semana pasada. En el bar —me dijo.

—Ah.

—Me encantaría ocuparme de esto, pero... —continuó compungido.

—No sería acertado mandarte a ti.

—No, no lo sería.

—Que sepas que este enfrentamiento no va a llegar a ninguna parte, George —le dije, mirándolo a unos ojos inyectados en sangre.

—Lo sé.

No le culpaba, o no del todo. Lo suyo con Danny Stiobhard venía de muy lejos, y la contratación de George como ayudante no había mejorado las cosas. Por motivos que luego explicaré, yo tampoco quería hacer esa visita. Me puse el sombrero y el chaquetón, saqué del armario el calibre

.40 con su cinturón, me subí a la camioneta y me dirigí al centro.

El pueblo de Wild Thyme está separado geográfica y culturalmente de la ciudad de Fitzmorris, que es la capital del condado de Holebrook, en el estado de Pensilvania. Fitzmorris nació como una colonia de verano para los presbiterianos escoceses de Filadelfia a mediados de la década de 1800. Tiene algunas casas bonitas de estilo neogriego con columnas, blancas y grandes, más grandes de lo que está permitido. La mayoría tiene las molduras negras, aunque una de cada diez, por ocurrencia de unos dueños felices de la vida, luce pintada de turquesa o morado, o con todos los colores del arcoíris. Esas me gustan, no puedo evitarlo.

El municipio es una zona rural al norte de Fitzmorris. Después de la guerra de Independencia, el estado repartió un puñado de suelo duro de las montañas circundantes entre los soldados fenianos que combatieron por el ejército de la Unión. Esos fenianos les dijeron a algunos amigos y familiares que se reunieran allí con ellos, y así fue como aterrizó en el pueblo de Wild Thyme mi gente, los Fearghail, que lucharon en la 50.º Regimiento de Infantería Voluntaria de Pensilvania. Conservamos el apellido Fearghail hasta que, en un arrebatado de exaltación patriótica yanqui inspirado por la Segunda Guerra Mundial, mi abuelo cambió la grafía por «Farrell», y así están las cosas ahora.

El linaje de Danny Stiobhard es similar al mío. Nuestros padres cazaban juntos. Su apellido se pronuncia «Steward», por si a alguien le interesa saberlo. Se diga como se diga, el clan de Danny lleva aquí, en el pueblo de Wild Thyme, varias generaciones. Aunque los detalles de sus actividades han variado a lo largo de los años, siempre han mantenido un mismo enfoque: sortear la ley, oponerse al Gobierno y sacar beneficio de la tierra. Leñadores y cazadores furtivos, rateros, envueltos en rumores de flirteos con el negocio de las drogas, los Stiobhard creen estar librando una eterna

Rebelión del Whisky. Dado que por aquí no aparecen muchos oficiales federales de alto rango, para ellos la persona que representa el papel de tirano del Gobierno soy yo, un mero agente municipal, ya ves tú.

Aparqué en la clínica, detrás del camión azul de plataforma de Danny; en la puerta del copiloto, vi unas perforaciones con salpicaduras. La clínica está hecha polvo y es pequeña. Ocupa la planta de arriba de una casa familiar de dos pisos; abajo vive una pareja de ancianos. Todos hemos pasado por aquí. Liz hace lo que puede.

No había nadie en la sala de espera, aparte de Jo, la recepcionista. Al pasar por su lado, le indiqué por gestos que no delatase mi presencia; Jo asintió con semblante serio y no dijo una palabra.

Al fondo del pasillo, al otro lado de una puerta abierta, vi a Danny Stiobhard sin camisa, con el brazo izquierdo levantado por encima del hombro y unos veintitantos agujeros en el costado, sangrando; Liz le tenía metidas unas pinzas brillantes en una herida, justo debajo de la caja torácica, y al sacarlas la carne de alrededor se estiró formando una ampolla. El perdigón salió haciendo un pop apenas audible, o quizá me lo imaginé; eso sí, el chorro de sangre que siguió no fue fácil pasarlo por alto. Alcancé a ver la cara de Danny en el preciso momento en el que se le desbordaron los ojos. Tenía la mitad izquierda del rostro como los extraterrestres de las pelis: morada, azul e hinchada. Supuse que serían las pruebas de su pelea con mi ayudante. Esperé a que se secase la cara con el dorso de la mano antes de entrar.

—Buenos días, Danny. Liz.

La sala olía a alcohol desinfectante y a ropa húmeda que llevara tiempo sin lavarse.

Danny levantó el ojo bueno hacia el techo.

—Me cago en todo, Liz, joder, lo has llamado. Perdón, lo siento.

—Estate quieto —le dijo ella.

Liz tenía el uniforme verde desechable manchado de sangre y llevaba el pelo cobrizo recogido en una coleta. Le metió el dedo a Danny en otra de las heridas.

—Me dijiste que no ibas a hacerlo —continuó él.

—Estate quieto —repitió Liz.

—¿Qué cojones es esto, Danny? —pregunté yo.

Por cómo tenía el pelo, Stiobhard debía de haberse quitado el sombrero hacía muy poco. Se le veían canas en la barba. Tenía los pelos del pecho enredados y varios tatuajes. El elástico de los calzoncillos estaba empapado en rojo.

—Un accidente —me respondió.

—Ah, perfecto. Pues nada, ya he terminado aquí.

Danny resopló y bajó el brazo.

—Liz, para. Espera a que se vaya.

—Que te estés quieto.

Liz le extrajo otro perdigón. Danny siseó entre los dientes apretados y exhaló cuando el plomo estuvo fuera. Tenía la cara más que pálida.

—Stiobhard, harías bien en decirme quién ha sido el otro.

Cuando Liz se puso a escarbar de nuevo con la pinza, Stiobhard soltó un grito y empezó a hiperventilar. Liz le hizo bajar la cabeza, colocarla entre las rodillas y respirar lentamente. Después de eso, Danny recobró el control y me respondió:

—Voy a decirte con quién tienes que hablar. ¿Conoces a Aub Dunigan, el que vive en Fieldsparrow Road?

Asentí. La casa de Aub era una vaquería en desuso que la mayoría de los transeúntes daba por abandonada. En la zona había otros Dunigan más jóvenes, pero Aub estaba solo en el mundo, por lo que yo sabía. Un ermitaño. Danny continuó:

—Como he dicho antes, ha sido un accidente, eso sin duda. Él mismo te lo podrá decir, si es que es capaz de acordarse de lo que pasó hace media hora.

—¿Has ido a provocarlo?

Mi teoría era que Danny le había echado el ojo a un bonito cerezo; esos árboles habían crecido mucho en las tierras de Aub.

—¿Por qué iba a hacer yo eso? ¿A cuento de qué? Está viejo. Su primo Kevin me contrató para limpiarle los caminos. Evidentemente, nadie lo avisó. Ya tienes lo que necesitas, ¿vale? Ve a comprobarlo con el viejo. Dile que sin rencores.

Liz se colocó bien las gafas con un toque de la muñeca. Tenía los ojos azules claros.

—Vamos al pasillo a hablar —nos interrumpió. Tras cerrar la puerta del quirófano improvisado, siguió—: Henry, ya te he dado todo el tiempo que podía.

—Entiendo.

—Déjame que termine de remendarlo y luego podrás hacer lo que pretendieras hacer.

—Está bien. Guarda los perdigones, ¿vale?

Asintió.

—Eh, ¿nos vemos esta noche? Dave Macon ha pasado esta mañana por el matadero. He hecho *coq au vin*.

Dave Macon es (era) un gallo problemático^[1]. Liz es la mujer de Ed, mi mejor amigo. Nos reunimos los martes por la noche para cenar y recordar canciones viejas con el violín irlandés. Yo soy quien toca el violín. En realidad, para sacar una músicaailable solo hacen falta un violín irlandés y un banjo. Liz es de una familia tradicional y toca el banjo muy bien con la técnica de la garra, y de forma pasable con tres dedos. Ed empezó con una guitarra de rock and roll, pero ha ido aprendiendo. Pese a sus frecuentes sugerencias de que adaptemos alguna canción heavy metal al estilo bluegrass, y a beber de más mientras tocamos, nos complementa bastante bien a Liz y a mí. Es bonito tener a gente con la que tocar.

Liz me salvó la vida cuando volví a Wild Thyme hace unos cuantos años, cosa de la que hablaré más adelante.

Le dije que sí, que nos veríamos esa noche, me fui de la clínica, llamé a la oficina con el móvil y le pedí a George que cogiera el coche, se plantase al principio del camino que subía a la casa de Aub Dunigan y no dejara a nadie pasar. Decidí hacerle una visita a Kevin Dunigan, primo segundo de Aub y el pariente más cercano que le conocía. Si había que meter al viejo en un asilo, mejor que el proceso empezase con la familia.

Era lo bastante temprano para pillar a Kevin antes de que se fuera al trabajo. Puse las luces de emergencia, pero no la sirena, y le pisé fuerte; me salté con cuidado un semáforo en rojo y aceleré camino de las afueras. Kevin vivía con su mujer en un rancho de ladrillo al este del centro del pueblo y tenía una tienda de cambio de aceite en Fitzmorris. La casa queda algo retirada de la carretera, en mitad de un campo, pero se distingue a lo lejos por el mástil del porche; tiene colgada la bandera nacional y, justo debajo, una bandera azul grande con el logo corporativo de su empresa. Por culpa de esta segunda bandera, varias veces ha tenido que rechazar a posibles clientes que habían dado por hecho que la casa era la tienda.

Cuando llegué al camino que entraba a su casa, apagué las luces de emergencia y aparqué. Una de las puertas del garaje estaba abierta y había al menos un coche dentro todavía. Kevin, canoso, bajo y robusto, con casi cincuenta años, salió por la puerta que comunicaba la casa con el garaje y luego al camino. Tenía una mirada de leve preocupación en la cara y una taza en la mano.

—Buenas, Henry.

—¿Cómo va la cosa, Kevin?

—Bien. ¿Qué, eh, qué te trae por aquí?

—¿Has tenido noticias de Danny Stiobhard esta mañana?

Kevin abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué debería?

—Tu primo Aub le ha metido un escopetazo. O eso dice Danny.

—¿Perdón?

La mujer de Kevin, Carly, se unió a nosotros fuera. Llevaba una gorra amarilla de béisbol y unos vaqueros holgados remetidos en unas botas de agua. No la conocía muy bien; trabajaba en la pequeña librería de la ciudad, a la que había dado un giro cristiano.

Kevin la informó de lo que yo acababa de contarle.

—¡Lo que faltaba! —dijo ella.

—No os preocupéis por Danny. Saldrá de esta. Ahora, para tenerlo todo claro: ¿lo habías contratado para limpiar los caminos?

—Desde luego que no. Qué disparate —respondió Kevin.

—Pues él dice que sí.

—¿Y Aub? ¿Podemos verlo? ¿Qué hacemos?

—Bueno, todavía tengo que oír su versión. Estaría bien que me acompañaras a ver qué dice. A lo mejor tengo que llevármelo a comisaría.

Carly se quedó atónita.

—¿«A lo mejor»? ¿No lo has hecho aún?

Kevin dio unos pasos atrás mientras decía:

—Ah, no. No, de eso nada.

Puse las manos en alto.

—Oye. Por favor.

Kevin me señaló con un dedo.

—Tu trabajo hazlo tú.

—Ya...

Le dio la taza de café a Carly y se frotó la cara con las dos manos.

—Lo siento, Henry. Desde que era niño, Aub... Ha sido complicado tenerlo en la familia... Si prometes no dejar que me dispare, iré a por el abrigo.

Entró en la casa.

Carly me miró con una ceja levantada.